

Serie Educativa Charlotte Mason

PARTE III. EL HÁBITO EQUIVALE A DIEZ NATURALEZAS

I. EDUCACIÓN BASADA EN LA LEY NATURAL

Cerebro sano. Lo que deseo presentar al lector es un método educativo basado en la ley natural. En primer lugar, ya hemos considerado algunas de las condiciones que deben cumplirse con el fin de mantener el cerebro en buen funcionamiento, ya que la posibilidad de una educación sólida depende de un cerebro activo y debidamente alimentado.

Vida al aire libre. En el desarrollo de un método educativo, en segundo lugar está la consideración de *la vida al aire libre*, debido a que mi objetivo es mostrar que la función principal del niño—su objetivo en el mundo durante los primeros seis o siete años de su vida—es descubrir todo lo que pueda de todo lo que le llame la atención, usando sus cinco sentidos; que él tiene un apetito insaciable por el conocimiento que se obtiene de esa manera; y que, por lo tanto, la ocupación de sus padres es ponerlo allí donde pueda familiarizarse de manera libre con la naturaleza y los objetos naturales; que, de hecho, la educación intelectual del niño pequeño debiera basarse en el ejercicio libre de la facultad de percepción, porque las primeras etapas del esfuerzo mental están marcadas por la actividad extrema de dicha facultad; y la sabiduría del educador es seguir la guía dada por la naturaleza en la evolución del ser humano completo.

El siguiente tema por considerar—un tema psicofisiológico bastante árido—me parece, de todos modos, muy digno de atención en tanto que es clave fundamental de un apropiado método educativo.

Hábitos como instrumento en manos de los padres. «¡El hábito equivale a diez naturalezas!» Si tan solo pudiera hacer que otros vean con mis ojos lo mucho que este dicho debería significar para el educador; cómo el hábito, en manos de la madre, es como la rueda del torno para el alfarero, el cuchillo para el tallador, y, para ella, el instrumento por medio del cual ella crea el diseño que concibió en su mente. Observe que el material con el cual empezar ya está ahí; la rueda del alfarero no faculta al alfarero para producir una taza de porcelana a partir de la áspera arcilla; pero el instrumento es tan necesario como lo es el material o el diseño. Es penoso hablar de uno mismo, pero si el lector me lo permite, me gustaría mencionar los pasos que me han llevado a considerar el hábito como el medio por el cual el padre puede hacer de su hijo casi cualquier cosa que elija. Aquello que se ha convertido en la idea dominante de la vida de una persona, si se lanzara repentinamente a otra, no lleva consigo una gran profundidad o peso de significado para la segunda persona; por tanto, lo ideal es llegar a la idea gradualmente, para ver los pasos por los cuales el primero ha viajado. Por esta razón, me aventuraré a mostrar cómo llegué a mi postura actual, es decir, desde *uno* de los tres puntos de vista posibles: la formación de hábitos es educación y *la educación es formación de hábitos*.

II. LOS NIÑOS CARECEN DE LA FACULTAD DE LA AUTOIMPOSICIÓN

Un callejón educativo sin salida. Hace algunos años escuchaba del púlpito al menos un domingo al mes: «El hábito equivale a DIEZ naturalezas». En ese tiempo, yo recién había comenzado a enseñar, y era joven y apasionada por mi trabajo. Para mí era una gran cosa ser maestra; yo creía que era inevitable que el maestro dejara su huella en los niños; y que, si algo salía mal, si algún niño iba mal en la escuela o fuera de ella, era la culpa del maestro. Mi entusiasmo juvenil superaba

todas las responsabilidades a mi haber; pero, a pesar de todo este celo, lo decepcionante fue que no sucedió nada extraordinario. Los niños se portaban bien en términos generales porque eran hijos de padres que habían sido criados con cierto esmero; pero estaba claro que se comportaban de acuerdo con «lo que era parte de su naturaleza». Las falencias que tenían, las mantenían; las virtudes que poseían las ponían en práctica tan irregularmente como antes. La niña buena y humilde seguía diciendo mentirillas; el niño inteligente y generoso seguía siendo un ocioso incurable. Sucedió lo mismo durante las clases; el niño que perdía el tiempo seguía perdiendo el tiempo, y el niño apático no incrementaba su interés por aprender. Fue muy decepcionante. Los niños, sin duda «avanzaron» un poco, pero cada uno de ellos tenía el potencial de un carácter noble y de una mente inteligente; pero ¿dónde estaba la palanca para despertar cada uno de estos pequeños mundos? Porque debe existir tal palanca. Esta rutinaria ronda de geografía y francés, historia y sumas, no era más que jugar a la educación; ¿quién recuerda los retazos de conocimiento sobre los que se esforzó de niño? y, ¿acaso aplicarse unas pocas horas en la vida posterior no causaría mayor efecto que un año de monotonía en cualquier materia aprendida en la infancia? Si la educación tiene como objetivo garantizar el progreso paso a paso del individuo y la raza, debe significar algo más que el diario esfuerzo invertido en tareas triviales que hoy se conocen como educación.

El amor, la ley y la religión como fuerzas educativas. Durante mi búsqueda de literatura sobre educación, aprendí mucho de varias fuentes, aunque no pude encontrar lo que me pareció una guía completa, es decir, alguna obra cuyo pensamiento abarcara las posibilidades contenidas en la naturaleza humana de un niño, y, que, al mismo tiempo, midiera el alcance de la educación. Reconocí cómo la enseñanza religiosa ayudaba a los niños, les daba facultades y motivos para el esfuerzo continuo y elevaba sus deseos hacia las mejores cosas. Vi hasta qué punto la ley restringía del mal y el amor impulsaba hacia el bien. Pero con estas grandes ayudas desde afuera y desde arriba, existía todavía la deprimente sensación de estar trabajando en educación a oscuras; el avance realizado por la juventud en las facultades morales, e incluso intelectuales, era como el de una puerta sostenida con bisagras— hoy una oscilación hacia adelante y mañana de vuelta adonde estaba, con poco progreso notorio de un año al otro aparte de poder hacer sumas más difíciles y leer libros más complejos.

La razón de que los niños sean incapaces del esfuerzo constante. La reflexión dejó en evidencia el porqué del fracaso, y es que había un cálido resplandor de rectitud en el corazón de cada uno de los niños, pero todos ellos eran incapaces de hacer un esfuerzo constante, porque no tenían fuerza de voluntad, ninguna facultad para obligarse a hacer lo que sabían que debían hacer. En este punto, sin duda, son atingentes las funciones de los padres y los maestros; quienes deberían ser capaces de lograr que el niño haga lo que el niño no puede realizar por auto imposición. No obstante, es un entrenamiento deficiente requerir que el niño se haga dependiente de la influencia personal. Por el contrario, le corresponde a la educación encontrar alguna forma de suplementar esa debilidad de la voluntad que es la ruina de la mayoría de nosotros, así como de los niños.

A los niños se les debiera evitar el esfuerzo de la decisión. Ya desde el púlpito se ha dicho que el esfuerzo de la decisión es el esfuerzo más agotador de la vida; y si eso es aún cierto en cuanto a nosotros mismos, incluso cuando la decisión sea sobre cuestiones insignificantes de salidas aquí o allá, de comprar o no comprar, con toda seguridad no es justo dejar a los niños todo el trabajo del esfuerzo de la voluntad cada vez que tengan que elegir entre lo correcto y lo incorrecto.

III. ¿QUÉ ES LA «NATURALEZA»?

«El hábito es equivalente a diez naturalezas» se siguió proclamando en mis oídos, y por fin lo entendí como un dicho profundo que podría contener el «¡Ábrete sésamo!» educativo que yo estaba buscando. En primer lugar, ¿qué es la naturaleza y qué es, precisamente, el hábito?

Es algo impresionante cuando consideramos lo que es el niño, independientemente de su raza, país o parentesco, simplemente por nacer como ser humano.

Todas las personas nacen con los mismos deseos primarios. Estamos dispuestos a aceptar que todos tenemos los mismos instintos y apetitos; pero nos impacta un poco que los principios de acción que gobiernan a todos los hombres en todas partes sean en gran medida los mismos; en otras palabras, que en el pecho tanto de la persona culta como de la inculta latan los mismos deseos; que el deseo de conocimiento, que se ve en la curiosidad del niño por las cosas y en sus ojos siempre inquisitivos, está activo de igual forma en todas partes; que el deseo de socializar, que se puede ver en dos bebés que recién se conocen el uno al otro y que disfrutan el gozo y la amistad, es la causa de las aldeas en las tribus alejadas del mundo, así como del encuentro filosófico de los eruditos; que en todas partes se siente el deseo de la estima, que es un poder maravilloso en manos del educador, y que convierte a una palabra de elogio o de culpabilidad en un motivo más poderoso que todo miedo o expectativa de castigo o recompensa.

Y los afectos. No solo se trata de los mismos deseos; sino que todas las personas, en todas partes, tienen los mismos afectos y pasiones que actúan de la misma manera bajo una similar provocación; ya sean, la alegría y el dolor, el amor y el resentimiento, la benevolencia, la simpatía, el miedo y mucho más, son comunes a todos nosotros. Lo mismo cabe a la conciencia, el sentido del deber.

Contenido de la noción más elemental de la naturaleza humana. El Dr. Livingstone [el explorador David Livingstone] menciona que la única adición que debió hacer al código moral de algunas de las tribus de Zambesi (por muy poco que hayan obedecido su propia ley) fue que un hombre no debería tener más de una esposa. Esta gente sin conocimiento del mundo europeo ni ninguna enseñanza cristiana sabían que «hablar maldad, mentir, odiar, desobedecer a los padres, y descuidarlos» eran pecado. Así, no solo el sentido del deber es común a toda la humanidad, sino también la conciencia más profunda de Dios, por muy vaga que pueda ser. Todo esto y mucho más conforma la noción más elemental de la naturaleza humana.

La naturaleza más la herencia. Aquí hace su entrada la *herencia*, y es en este punto, si se me permite, donde se hayan las diez naturalezas, ya que ¿quién trata con el niño que es resentido, terco o imprudente, porque nació con la naturaleza de su madre o la de su abuelo? Piense en el ojo que mira de tal manera, la acción de la mano, repetida del padre al hijo; la forma particular de la escritura, que puede reconocerse, como nos dice Miss Power Cobbe, en el caso de su familia a lo largo de cinco generaciones; el temperamento artístico, el gusto por la música o el dibujo, que hay en algunas familias: he aquí la naturaleza y sus peculiaridades, confirmada, sellada, remachada, absolutamente defendida, se diría, contra cualquier intento de alterarla o modificarla.

Se añaden las condiciones físicas. Una vez más, las condiciones físicas se presentan ante nuestros ojos. El niño débil y enclenque, y el robusto travieso que nunca se enferma, son por obligación diferentes entre sí en cuanto a la fuerza de sus deseos y emociones.

La naturaleza humana es la suma de ciertos atributos. ¿Entonces, qué de los deseos, afectos y emociones naturales comunes a toda la raza, qué de las tendencias con que cada familia lidia por descendencia, y aquellas peculiaridades que el individuo debe a su propia constitución física y cerebral? La suma de todo esto, es decir, la naturaleza humana presenta un caso sólido; tanto así, que nos sentimos inclinados a pensar que lo mejor que se puede hacer es dejarla en paz, dejar que cada niño se desarrolle sin obstáculos de acuerdo con los elementos de carácter y de disposición que hay en él.

No se debe abandonar al niño a su naturaleza humana. Esto es precisamente lo que la mitad de los padres en el mundo y las tres cuartas partes de los educadores se conforman con hacer; ¿y cuál es la consecuencia? Que el mundo avanza, pero que el progreso ocurre, en su mayor parte, con los pocos niños cuyos padres han tomado muy seriamente el control de la educación; mientras que el resto, a los que se les ha permitido *quedarse como estaban*, y no llegar a ser más o mejores de lo que la naturaleza los hizo, se convierten en una pesada carga: porque, ciertamente, el hecho es que no se quedan como ellos eran; la verdad inmutable es que el niño que no está siendo constantemente elevado a un nivel cada vez más alto se hundirá a un nivel cada vez más bajo. Por consiguiente, es tanto el deber de los padres educar a sus hijos en fortaleza y propósito moral y actividad intelectual, así como alimentarlo y vestirlo; y eso, *a pesar de su naturaleza*, si fuera necesario. Es cierto que existen circunstancias arbitrarias que intervienen y «convierten en un hombre» al niño cuyos padres no le enseñaron disciplina; pero esta es una ayuda fortuita con la cual el educador no tiene ninguna garantía de recibir.

Estaba empezando a ver mi camino—sin salir aún de la dificultad psicológica que, en lo que a mí respecta, bloqueaba el camino a toda educación real; pero ahora podía ya identificar el lugar, y eso ya era algo. En resumen:

La voluntad del niño es lastimosamente débil, más débil en los hijos de los débiles, y más fuerte en los hijos de los fuertes, con la que casi nunca se puede contar como facultad en la educación.

La naturaleza del niño—su naturaleza humana—al ser la suma de lo que él es como ser humano, y de lo que le corresponde por su origen, y lo que él es como resultado de su propia constitución física y mental—tal naturaleza es incalculablemente fuerte.

El problema que enfrenta el educador. El problema para el educador es dar al niño control sobre su propia naturaleza, prepararlo para que este pueda manejarse con respecto a los rasgos que llamamos buenos como a los que llamamos malos, ya que hay muchos hombres que naufragan sobre la roca de lo que creían que era su virtud característica, por ejemplo, su generosidad.

La gracia divina trabaja sobre las líneas del esfuerzo humano. Al buscar una solución a este problema, no subestimo la gracia divina, ¡por el contrario! Pero no siempre comprendemos suficientemente el hecho de que la gracia divina causa efecto sobre las líneas del cultivado esfuerzo humano; por ejemplo, que el padre que se toma la molestia de comprender de qué se trata educar a su hijo, merece y con seguridad recibe apoyo de lo alto; y que Rebeca, por decir, no tenía derecho a criar a su hijo para que fuera «tú, gusano de Jacob», al confiar que la gracia divina, diciéndolo con reverencia, lo ayudaría a salir adelante. A pesar de ser un hombre piadoso, hijo de

padres piadosos, salió adelante, pero sus días, se queja al final, fueron «pocos y malos» [en palabras de Jacob cuando se encuentra con Faraón de Egipto].

La confianza de los padres no debe ser letárgica. De hecho, ésta es la expectativa de muchos padres cristianos; dejan que el niño crezca libre como la zarza silvestre, produciendo sin control lo que hay en él, ya sean espinas, flores ásperas, frutas insípidas—confiando, ellos dirán, que la gracia de Dios podará, arreglará la tierra, y arreglará las ramas rebeldes que yacen por todos lados. Y su confianza no siempre está fuera de lugar; pero el pobre *hombre* sufre angustia, se desgarran en el proceso de recuperación que sus padres podrían haberle evitado si hubieran entrenado los primeros brotes que pronto se convertirían en el carácter de su *hijo*.

La naturaleza, por tanto, aunque es fuerte, no es invencible; y, en el mejor de los casos, no se le debe permitir a la naturaleza una cabalgata desenfrenada. Bocado y brida, mano y voz, lograrán lo mejor posible de la naturaleza si se toma el control de su entrenamiento a tiempo; pero deje que la naturaleza haga lo que quiera hacer, tal como los ponis salvajes, y ni la espuela ni el látigo lo amansarán.

IV. EL HÁBITO PUEDE SUPLANTAR «LA NATURALEZA»

«El hábito es equivalente a diez naturalezas». Si eso es cierto, por fuerte que sea la naturaleza, el hábito no solo es tan fuerte, sino *diez veces* más fuerte. Aquí entonces, tenemos alguien más fuerte que ella, capaz de vencer a este hombre fuerte armado.

El hábito seguirá el curso de la naturaleza. Pero el hábito progresa sobre el curso impuesto por la naturaleza: el niño cobarde miente *en forma habitual* para escapar de la culpa; el niño amoroso tiene cientos de *hábitos* para hacerse querer; el niño bondadoso tiene la costumbre de dar; el niño egoísta, el *hábito* de retener. El hábito, que funciona de acuerdo con la naturaleza, es simplemente la naturaleza en acción, que se fortalece cada vez más con el ejercicio.

Pero el hábito debería ser una palanca. Pero el hábito, para ser la palanca que impulsa al niño, debe funcionar en contra de la naturaleza, o independientemente de ella.

Inmediatamente comenzamos a poner atención en el funcionamiento del hábito a este respecto, y los múltiples ejemplos son claros: existen los niños entrenados en hábitos de cuidado que nunca manchan su ropa; aquellos entrenados en hábitos reticentes, que nunca hablan de lo que se hace en casa y responden a preguntas indiscretas con un «no sé»; están los niños criados en hábitos corteses, que ceden el paso a los ancianos con gentil gracia, y más con la pobre mujer con la canasta que con la dama bien vestida; y hay niños entrenados en hábitos de las malas ganas, que nunca ceden, van o hacen.

La madre forma involuntariamente los hábitos de sus hijos. ¿Son naturales en los niños los hábitos como éstos, ya sean buenos, malos o neutros? No, pero éstos son los hábitos que la madre ha establecido con la crianza; y, de hecho, no hay *nada* que una madre no pueda establecer en sus hijos a través de la crianza, y casi no existe madre en ningún lugar que no tenga al menos dos o tres—a veces en la forma de reglas y otras veces en la forma de principios—que sus hijos nunca violan. Por tanto, llegamos a esto: que una madre con opiniones liberales sobre el tema de la educación, simplemente no puede evitar que sus propias opiniones influyeran los hábitos de sus hijos; y que una madre cuya pregunta final es: «¿Qué dirá la gente? ¿Qué pensará la gente? ¿Cómo

se verá?», hará que sus hijos crezcan con hábitos de guardar las apariencias, y no de ser algo; se contentarán con estar bien vestidos, bien educados y bien intencionados hacia los extraños, pero ejercerán muy poco esfuerzo en torno a la belleza, el orden y la bondad en el hogar y hacia los demás.

El hábito obliga a la naturaleza a irse por nuevas vías. El extraordinario poder del hábito para forzar la naturaleza hacia nuevas vías casi no es necesario explicar; solo tenemos que ver a un niño pequeño en un circo montando dos ponis con un pie en la parte posterior de cada uno, o un hada pantomima bailando en el aire, o un payaso que se comporta como una bola de caucho indio, o cualquiera de las miles de hazañas de habilidad y destreza por la que pagamos nuestros chelines para disfrutar,—hazañas mentales y corporales, aunque, felizmente, estas son las más raras— para estar convencidos de que se puede lograr exactamente cualquier cosa mediante el entrenamiento, es decir, el cultivo de hábitos persistentes. Y el poder del hábito no se ve solo en los seres humanos. La gata va en busca de su cena siempre a la misma hora y al mismo lugar, es decir, si es habitual alimentarla en un lugar. De hecho, el hábito del lugar, es tanto para el gato, que a menudo preferirá morir de hambre que abandonar la casa a la que está acostumbrado. En cuanto al perro, es un mayor «conjunto de hábitos» que su dueño. Esparza las migajas para los gorriones a las nueve en punto todas las mañanas, y a las nueve vendrán a desayunar, haya o no migajas. Darwin se inclina a pensar que el terror y la evasión mostrados hacia el hombre por las aves silvestres y los animales menores es simplemente una cuestión de hábito *transmitido*; nos cuenta cómo aterrizó en ciertas islas del Pacífico donde los pájaros nunca habían visto al hombre antes, y se abalanzaron sobre él y volaron a su alrededor con total valentía. Para hablar sobre algo más familiar al hogar, qué evidencia del dominio del hábito es más triste y abrumadora que los hábitos del borracho, por ejemplo, en el cual persiste, a pesar de la razón, la conciencia, el propósito, y la religión, motivos que, ¿acaso no deberían influir en un ser pensante?

Los padres y los maestros deben establecer vías de hábito. Nada de esto es nuevo; siempre hemos sabido que «el uso es una segunda naturaleza» y que «el hombre es un conjunto de hábitos». No fue el hecho, sino la aplicación del hecho, y la fisiología del hábito, las ideas novedosas y extremadamente valiosas para mí, y espero que puedan ser de alguna utilidad para el lector. Por ejemplo, para mí fue novedad concebir que corresponde a los padres y a los maestros establecer líneas de hábito sobre las cuales la vida del niño puede correr de aquí en adelante con pequeñas sacudidas o fracasos involuntarios, y pueda avanzar en la dirección correcta con el mínimo de esfuerzo.

V. ESTABLECIMIENTO DE LÍNEAS DE HÁBITO

«¡Comience algo, y lo habrá terminado!» es infaliblemente cierto para cada hábito mental y moral: terminarlo, no sobre las líneas que usted prevé e intenta, sino sobre las líneas apropiadas y necesarias para cada hábito en particular. En la frase «pensar inconsciente» nos enfrentamos con el hecho de que, sea cual sea la semilla de pensamiento o sentimiento que se implante en un niño—ya sea a través de la herencia o la instrucción temprana—crece, se completa y engendra otras de su mismo tipo, tal como lo hace un organismo corporal. Es hermoso y maravilloso percibir una idea cuando la idea en sí misma es buena, verla desarrollándose dentro de usted por sí sola, verse escribiendo oraciones cuya secuencia lógica nos deleita, pero de cuya concepción no hemos tenido parte consciente. Cuando el escritor experimentado «fluye» de esta manera, sabe que en lo que respecta al surgimiento de las palabras, el orden de las ideas, su trabajo no

necesitará revisión. Tan increíble es este proceso, que ha dado pie a la persistente falacia de que la razón es infalible. El filósofo, que disfruta observando los caminos de su propia mente, es un pensador de pensamientos elevados, y es capaz de olvidar que el pensamiento que contamina al hombre se comporta exactamente de la misma manera que el que purifica: el uno, igual que el otro, se desarrolla, madura y aumenta de acuerdo a su mismo tipo.

Pensamos, como estamos acostumbrados a pensar. ¿Cómo influye esto en el trabajo práctico de criar a los niños? De esta manera: pensamos, *como estamos acostumbrados a pensar*; las ideas van y vienen en incesante movimiento en el surco—por llamarlo así—que usted ha creado para ellas en la misma sustancia nerviosa del cerebro. Usted no pretende deliberadamente pensar esos pensamientos; de hecho, usted puede oponerse vehementemente al hilo por donde van yendo (¡dos «hilos» de pensamiento a la vez y al mismo tiempo!) y así, quizás bloquear el camino, incluso poner «calle cerrada» en grandes letras, y obligar a la ocupada población del mundo cerebral a tomar otra ruta. ¿Pero quién puede hacer estas cosas? No el niño, inmaduro en cuanto a su voluntad, débil en sus facultades morales, y desacostumbrado a las armas de la guerra espiritual. Él depende de sus padres; les corresponde a ellos instruirle en los pensamientos que tendrá, los deseos que atesorará, y los sentimientos que aprobará. Solo iniciar; no se les permite más; pero de esta iniciación resultarán los hábitos de pensamiento y sentimiento que gobiernan al hombre, es decir, su *carácter*. Pero, ¿no es esto suponer demasiado, ya que, para resumir aproximadamente todo lo que entendemos por herencia, un niño nace con el futuro en sus manos? Sí, es indudable que el niño nace con las tendencias que deberían dar forma a su futuro; pero cada tendencia tiene sus caminos secundarios, un resultado bueno o malo; y poner al niño en el camino correcto para que se cumplan las posibilidades inherentes en él, esa es la vocación de los padres.

La dirección de las líneas de hábito. Esta relación del hábito con la vida humana—tal como los rieles sobre los que se moviliza una locomotora—es quizás la más sugerente y útil para el educador; porque, así como es en general más fácil para la locomotora seguir su camino en los rieles que escapar de ellos y generar un desastre, también es más fácil para el niño seguir líneas de hábitos cuidadosamente establecidas que salir peligrosamente de esas líneas. De ello se deduce que este asunto de establecer líneas hacia el deshabitado país del futuro del niño es un asunto muy serio y de gran responsabilidad para los padres. Le corresponde a ellos considerar bien los rieles por las cuales el niño debe viajar con provecho y placer; y, a través de estos rieles, establecer líneas tan atractivamente suaves y fáciles que el pequeño viajero las siga a toda velocidad sin detenerse para considerar si elige o no ir por ese camino.

El hábito y el libre albedrío. Sin embargo—suponiendo que realizar una determinada acción múltiples veces en forma ininterrumpida forma un hábito que puede ser fácil de seguir o no; y que, si se persiste aún más en el hábito *sin interrupciones*, se convierte en una reacción instintiva que es bastante difícil de quitar; continúe en ello aún más, durante años, y el hábito posee la fuerza de *diez* naturalezas, y no se puede dejar excepto haciéndose violencia a uno mismo. Considere todo esto, y también el hecho de que es posible formar en el niño *el hábito* de hacer y decir, incluso de pensar y sentir, todo lo que es deseable que él haga o diga, piense o sienta, ¿y quizás no le está quitando el libre albedrío al niño, y lo convierte en una simple máquina gracias a este excesivo cultivo al que se le somete?

El hábito rige el noventa por ciento de nuestros pensamientos y actos. En primer lugar, ya sea que usted elija o no tomarse la molestia de formar hábitos, es el *hábito* el que regirá el noventa

por ciento de la vida del niño, por tanto, él es aquel autómatas que se acaba de describir. Que el niño se convierta en una criatura de hábitos, es un hecho que no lo determinan los padres, ya que todos somos meras criaturas de hábitos; pensamos nuestros pensamientos habituales, charlamos sobre las mismas cosas habituales, hacemos los mismos recorridos triviales, las tareas ordinarias, sin ningún esfuerzo auto determinante de la voluntad en absoluto. Si así no fuera—si tuviéramos que pensar, deliberar, sobre cada tarea del baño o la mesa—la vida sería insoportable; nos desgastaría el esfuerzo de la decisión repetido a perpetuidad. Agradecemos, por lo tanto, que la vida no sea tan laboriosa; cientos de veces actuamos o pensamos sin necesidad de elegir y determinar más que una sola vez. Por su parte, las pequeñas emergencias que hacen obligatorio un acto de la voluntad, ocurrirán en la vida de los niños casi con tanta frecuencia como en las de los adultos. No les podemos evitar estas situaciones, y tampoco es deseable que lo hagamos. Lo que sí podemos hacer por ellos es asegurarnos de que tengan hábitos que los guíen por las sendas del orden, de lo apropiado y de la virtud, en lugar de dejar que las ruedas de su vida dejen feos surcos en lugares pantanosos.

El hábito es poderoso incluso en casos en que la voluntad toma las decisiones. Luego entonces, incluso en las emergencias, en cada inesperada dificultad y tentación que requiera un acto de la voluntad, pues, la conducta todavía puede seguir las líneas del hábito que le es familiar. El niño que se ha acostumbrado a encontrar tanto beneficio como placer en sus libros, no cae fácilmente en la ociosidad porque se sienta atraído por un compañero ocioso. La niña que ha sido cuidadosamente entrenada para decir la verdad exacta, simplemente no piensa en una mentira como un medio inmediato para salir de un aprieto, por muy cobarde que sea.

Pero esta doctrina del hábito, ¿es, después de todo, algo más que un tratamiento empírico de los síntomas del niño? ¿Por qué realizar un acto o pensar un pensamiento, por ejemplo, una gran cantidad de veces consecutivas, algo tiende a convertir la realización de ese acto o el pensamiento de ese pensamiento en una parte de la naturaleza del niño? Podemos aceptar la doctrina como un acto de fe que descansa en la experiencia; pero si pudiéramos descubrir la *razón de ser* de esta enorme fuerza del hábito, sería posible trabajar en el establecimiento de hábitos contando con un propósito y método reales.

VI. LA FISIOLÓGÍA DEL HÁBITO

Una obra del Dr. Carpenter fue quizás la primera en darme la pista que estaba buscando. En su *Fisiología mental*—una obra muy interesante, por cierto— él investiga la analogía entre la actividad física y mental, y muestra que ambas se relacionan en cuanto a que el efecto de una es la causa de la otra.

Los tejidos en crecimiento se forman en función de los modos de acción. Una descripción aproximada de la doctrina que propugna la escuela que representa el Dr. Carpenter consiste en que los tejidos, tales como el tejido muscular, por ejemplo, sufren de un constante desgaste y de igual constante reparación. Incluso esos modos de acción muscular que consideramos naturales como caminar y estar erguido, son en realidad el resultado de una laboriosa educación, al igual que muchos modos de acción que adquirimos conscientemente, como escribir o bailar, que se vuelven perfectamente fáciles y naturales. ¿Por qué? Porque la ley de los tejidos en constante crecimiento es que se formen de acuerdo con los modos de acción que se les exija realizar. Es el caso del cerebro que envía repetidamente a los músculos, sometidos al control nervioso, el

mensaje de que realicen una determinada acción, tal acción se vuelve automática en el centro inferior, y la más leve sugerencia del exterior la producirá sin ninguna intervención del cerebro. Por lo tanto, las articulaciones y los músculos de la mano del niño se adaptan muy pronto al modo de acción requerido para sostener y guiar el bolígrafo. Observe que no se trata de que el niño aprenda mentalmente cómo usar su pluma, a pesar de sus músculos; sino que los músculos nuevos en crecimiento asumen su forma de acuerdo con la acción que se requiere de ellos. He aquí la explicación de todas las hazañas del saltimbanqui [artista que realiza acrobacias y saltos en público] que parecen simplemente imposibles para los espectadores no entrenados: le son imposibles porque sus articulaciones y músculos no tienen las mismas facultades que se han producido en el saltimbanqui gracias al proceso del entrenamiento temprano.

Por lo tanto, los niños debieran aprender a bailar, nadar, etc., a una edad temprana.

Actividades que no son meramente corporales, vale la pena decir. Aquí tenemos la razón por la cual los niños deberían aprender a bailar, montar a caballo, nadar, hacer gimnasia, toda forma de actividad que requiera entrenamiento de los músculos, a una edad temprana: ésta radica en el hecho de que los músculos y las articulaciones no tienen que conformarse simplemente a sus nuevos usos, sino también desarrollarse según un patrón modificado; y este crecimiento y adaptación ocurren con mayor facilidad a una tierna edad. Por supuesto, quien posee músculos que han mantenido el hábito de adaptarse adquirirá nuevos juegos, nuevos ejercicios musculares, sin gran esfuerzo. Pero si le enseñas a escribir a un granjero que maneja el arado, verás la enorme dificultad física que se ve en los músculos no acostumbrados a desarrollar algún tipo de esfuerzo diferente. Aquí vemos cuán importante es vigilar los hábitos de enunciación, el porte de la cabeza, etc., que el niño está formando a cada hora. El dedo en la nariz, la mala postura de la espalda, la frase ininteligible, no son una simple costumbre que se pueda dejar para «cuando sea mayor y sepa mejor», porque que todo el tiempo ello se está convirtiendo en parte de él, al quedar registrado en la sustancia misma de su médula espinal. La parte de su sistema nervioso donde reside la conciencia (el cerebro) hace tiempo que dio una orden permanente, y tales son las complicaciones de la administración, que recordar la orden significaría la reestructuración absoluta de las partes involucradas. Y para corregir los malos hábitos de hablar, por ejemplo, no será suficiente que el niño tenga la intención de hablar con claridad y tratar de hablar con claridad; no podrá hacerlo habitualmente hasta que se haya producido un nuevo crecimiento en los órganos de la voz mientras hace esfuerzos para formar el nuevo hábito.

Los hábitos morales y mentales dejan su huella en los tejidos físicos. Pero, prácticamente, todos saben que el cuerpo, y cada una de sus partes, se adapta muy fácilmente a los usos que se le dan: sabemos que, si un niño se acostumbra a pararse sobre un pie, empujando así un hombro hacia arriba, el hábito probablemente terminará en la curvatura de la columna vertebral; que permitir hombros caídos y, en consecuencia, un pectoral contraído, es preparar el camino para la enfermedad pulmonar. Las consecuencias físicas de los malos hábitos de este tipo son tan evidentes que no podemos cegarnos a la relación de causa y efecto. Y estamos menos preparados para admitir que los hábitos que no parecen ser en ningún sentido físicos—hábitos de la impertinencia, de la veracidad, del orden—también deberían *dejar su huella en un tejido físico*, y ese efecto físico probablemente se deba a la enorme fuerza del hábito. Sin embargo, cuando consideramos que el cerebro, el cerebro físico, es el órgano extremadamente delicado mediante el cual pensamos, sentimos, deseamos, amamos, odiamos y adoramos, no es sorprendente que esté siendo modificado por el trabajo que debe realizar. Para decirlo de manera pintoresca, es como si cada tren de pensamiento frecuente hiciera un surco en la sustancia nerviosa del cerebro

en la que los pensamientos corren ligeramente por su propia voluntad, y estos solo pueden salirse de los rieles con un esfuerzo extremo de nuestra voluntad.

Hilos de pensamiento persistentes. Por lo tanto, la dueña de la casa sabe que cuando sus pensamientos son libres de seguir su propio curso, se van a los cuidados de la casa o a la despensa, a la cena de mañana o a la ropa para el invierno; es decir, el pensamiento corre por el surco que, por así decirlo, ya se ha usado al repetirlo constantemente. Los pensamientos de la madre se centran en sus hijos, del pintor en las imágenes, del poeta en la poesía; los del ansioso jefe de hogar puede ser en el dinero ocasionalmente, hasta que en momentos de presión inusual sus pensamientos golpeen una y otra vez esos surcos gastados por el uso, y se nieguen a correr por otro surco, hasta que el pobre hombre pierde la razón, simplemente porque no puede sacar sus pensamientos del surco creado en la sustancia de su cerebro. De hecho, «allí radica la locura» para cada uno de nosotros, en el persistente acoso de cualquier hilo de pensamiento sobre el tejido cerebral. El orgullo, el resentimiento, los celos, una invención en la que ha trabajado un hombre, una opinión que ha concebido, cualquier línea de pensamiento sobre la cual él ya no tenga el poder parar desviar, pondrá en peligro la cordura de un hombre.

Regeneración incesante del tejido cerebral. Si amamos, odiamos, pensamos, sentimos, adoramos, a expensas del esfuerzo físico real del cerebro y el consiguiente desperdicio del tejido, cuán enorme debe ser el trabajo de ese órgano con el que nosotros, de hecho, hacemos todo, ¡incluso muchos de esos actos cuya ejecución final recae en las manos o los pies! Es cierto: y para reparar este desgaste excesivo, el cerebro consume la mayor parte de los nutrientes proporcionados por el cuerpo. Como ya hemos visto, un sexto o un quinto de toda la sangre en el cuerpo va a reparar los desgastes en la casa del rey; en otras palabras, se está formando constantemente *tejido cerebral nuevo* a un ritmo sorprendentemente rápido que uno se pregunta a qué edad el niño ya no tiene parte del cerebro con el que nació.

El nuevo tejido repite el viejo, pero no con exactitud. Así como un nuevo crecimiento muscular se adapta a cualquier ejercicio nuevo que se requiera, el nuevo tejido cerebral se supone que «crece y se adapta» a cualquier hábito de pensamiento vigente durante el tiempo de tal crecimiento— con el término «pensamiento», incluimos por supuesto, todo ejercicio de la mente y del alma. «El cerebro del hombre crece y se adapta a los modos de pensamiento que ejercita habitualmente», dice un fisiólogo de experiencia; o, en palabras del Dr. Carpenter, «cualquier secuencia de acción mental que se haya repetido con frecuencia tiende a perpetuarse; de esa manera nos encontramos automáticamente prontos a *pensar, sentir o hacer* lo que hemos estado acostumbrados a pensar, sentir o hacer, en circunstancias similares, sin ningún *propósito* o anticipación de resultados conscientemente concebidos. Debido a que no hay razón para considerar el cerebro como una excepción al principio general, que, si bien cada parte del organismo tiende a *formarse a sí mismo* de acuerdo con el modo en que se ejercita habitualmente, esta tendencia será especialmente fuerte en el aparato nervioso, en virtud de esa *regeneración incesante* que es la condición misma de su actividad funcional. De hecho, casi no hay duda de que cada estado de conciencia ideacional que sea o *muy fuerte* o que se *repita habitualmente*, deja una impresión orgánica en el cerebro, en virtud del cual el mismo estado puede reproducirse en cualquier momento futuro al momento que algo suficientemente adecuado lo provoque».

Se pueden adquirir actos reflejos artificiales. En otras palabras, podemos usar lo que dice Thomas Huxley y exponer el caso [en Elementos de fisiología e higiene] así:

«Con ayuda del cerebro podemos contraer una infinidad de hábitos que llegan a ser otros tantos actos reflejos. Es decir, que un acto puede requerir toda nuestra atención y la intervención de la voluntad la primera, segunda y tercera vez que se practica; pero al cabo de frecuentes repeticiones, llegar a ser en cierto modo como parte de nuestra organización, y ocurre ya sin intervención de la voluntad y aun sin que tengamos de él noticia o consciencia.

Todo el mundo sabe que se emplea largo tiempo en la instrucción de los reclutas, hasta que a fuerza de ejercicio se consigue que obedezcan una voz de mando, la de “firmes” por ejemplo, en el mismo instante de oírlos, y llega a suceder que al sonido de la voz sigue inmediatamente la acción, sin necesidad de que el soldado piense en lo que hace. A este propósito hay un cuento, que podrá no ser verdad, pero que es muy verosímil, de un chistoso que viendo venir por la calle a un veterano cargado con su merienda, gritó repentinamente “Firmes” y que el pobre soldado, sin saber lo que hacía, se cuadró y llevó las manos a la costura del pantalón echando a rodar la carne y las patatas que llevaba. El ejercicio militar había llegado a incorporarse en la estructura nerviosa de aquel hombre.

La posibilidad de toda educación (de la que el ejercicio militar es solo una forma particular) se funda en la existencia de esta facultad que posee el sistema nervioso de convertir los actos voluntarios en operaciones maquinales o reflejas. Puede muy bien establecerse como regla que siempre que se provoquen dos estados mentales cualesquiera, ya juntos, ya en determinada sucesión, y que esto se repita con la necesaria frecuencia y con suficiente viveza; en adelante bastará producir uno de ellos para que irremisiblemente acuda el otro, sea ese o no sea nuestro deseo»

Educación intelectual y moral. «El objeto de la educación intelectual es precisamente crear esas asociaciones indisolubles de nuestras ideas sobre las cosas en el mismo orden y relación en que nos las ofrece la naturaleza; el de la educación moral es unir con la mayor fijeza las ideas de acciones criminales con las de castigo y degradación, y las de las buenas acciones con las de contento y de gloria».

Pero es la conexión íntima de la mente y la materia lo que tiene una importancia más directa para el educador, es decir, la idea que hemos abordado en forma generalizada usando la figura (de ninguna manera científicamente precisa) de un surco o riel. Dado que la dirección constante de los pensamientos produce una cierta línea en los tejidos del cerebro, esta línea es el primer rastro del surco o riel, la línea de menor resistencia, a lo largo de la cual la misma impresión, hecha en otro momento, encontrará más fácil seguir que tomar otro camino. Así surge un derecho de paso para cualquier hábito de pensamiento o de acción.

El carácter se ve afectado por la modificación adquirida que recibe el tejido cerebral. De lo anterior procede que la alineación real del cerebro del niño depende de los hábitos que los padres permitan o fomenten; y que los hábitos del niño producen el carácter del hombre, porque una vez que ciertas costumbres mentales se han establecido, está en su naturaleza continuar para siempre a menos que sean desplazados por otros hábitos. Aquí termina la filosofía fácil del «no importa», «oh, ya crecerá», «ya aprenderá a hacer lo bueno», «es tan pequeñito, ¿por qué no esperar mejor?» entre otras justificaciones. Todos los días y a cada hora del día, los padres están formando en sus hijos, pasiva o activamente, aquellos hábitos de los cuales dependen, más que de cualquier otra cosa, el carácter y la conducta futuros.

La influencia externa. Consideremos ahora la influencia externa. El noventa por ciento del tiempo comenzamos a hacer algo porque hemos visto a otra persona hacerlo; lo seguimos haciendo y, ¡allí surge el hábito! Si es tan fácil para nosotros adoptar un nuevo hábito, es diez veces más fácil para los niños; y aquí radica la verdadera dificultad en cuanto a la educación en hábitos. Es necesario que la madre esté siempre alerta para cortar de raíz el mal hábito que sus hijos puedan estar adquiriendo de otros adultos en el hogar o de otros niños.

VII. LA FORMACIÓN DE UN HÁBITO: «CIERRA LA PUERTA CUANDO SALGAS»

«Haced la cosa siguiente».

«Lo que no se haga hoy no se hará mañana;
así que, no perdamos ni un solo día en la vacilación».

dice Marlowe, quien, como muchos de nosotros, conocía la miseria de la indolencia intelectual que no logra «hacer lo siguiente». Ningún asunto sobre la crianza de los hijos es trivial, pero esto de la dilación es muy importante. El esfuerzo de decisión, como hemos visto, es el mayor esfuerzo de la vida; no el hacer la cosa sino el esfuerzo de decidir qué hacer primero. Es comúnmente este tipo de indolencia mental, nacida de la indecisión, lo que conduce a los hábitos dilatorios [de hacer todo tan lentamente que se pierde el tiempo irremediablemente]. ¿Cómo se cura al niño remolón? ¿Lo curará el tiempo? ¿Aprenderá cuando crezca? En lo absoluto, será más bien su historia algo así como «*No se hará mañana*», a excepción de momentos ocasionales de acción. ¿Qué de los castigos? No; una persona procrastinadora es fatalista, y dice: «Se debe soportar lo que no se puede curar», y claro que se soportará, sin hacer ningún esfuerzo para curarse. ¿Recompensas? Tampoco; para él, una recompensa es un castigo presentado con un aspecto diferente: la posible recompensa él la asume como real, a su alcance, por así decirlo, pero al renunciar a ella [por su mal hábito] se le castiga, y él soporta el castigo. ¿Qué queda por intentar cuando ni el tiempo, ni la recompensa ni el castigo son efectivos? La panacea del educador: «Una costumbre vence sobre otra». El hábito enraizado de perder el tiempo solo debe suplantarse por el hábito contrario, y la madre debe dedicarse por unas semanas a esta cura de una manera tan constante e incansable como cuidaría de un hijo que tiene sarampión. Después de decirle en pocas palabras—cuanto menos mejor—y señalarle las consecuencias que pueden surgir de esta falta, así como el deber de superarla, y después de haberse ganado la voluntad (tristemente débil) del niño de hacer lo correcto, ella simplemente vigila que durante varias semanas la falta no se repita. La pequeña va a vestirse para dar una caminata; y sueña despierta con los cordones de sus botas, los dedos quedan en el aire, pero su conciencia está despierta; se siente obligada a levantar su mirada, y allí encuentra la mirada de su madre sobre ella, *esperanzada y expectante*. La niña responde a la rienda y prosigue su tarea; a mitad de camino lidiando con el cordón de la segunda bota, hay otra pausa, esta vez más corta; otra vez mira ella hacia arriba, y otra vez prosigue lo que está haciendo. Las pausas van disminuyendo día a día, los esfuerzos son más constantes, se fortalece la joven e inmadura voluntad y se adquiere el hábito de una acción rápida. Después de esa primera charla, lo mejor es que la madre se abstenga de una palabra más sobre el tema; tanto su mirada (expectante, no reprochadora) como un toque lo más ligero posible cuando la pequeña nuevamente se distraiga, serán los únicos instrumentos efectivos. Muy pronto, «¿Crees que puedes prepararte en cinco minutos hoy sin mí?» «Oh, sí, madre». «No digas que "sí" a menos que estés completamente segura», «Lo intentaré». Y la pequeña lo intenta, y tiene éxito. En este momento, la madre se sentirá tentada a relajar sus esfuerzos, pasar por alto

un poco de dilación porque la querida pequeña se ha estado esforzando tanto. Hacer esto es absolutamente fatal. El hecho es que el hábito de dilatar y perder el tiempo ha generado un registro considerable en la sustancia misma del cerebro del niño. Durante las semanas de curación, el nuevo crecimiento ha estado borrando el surco anterior, y ya se está formando el surco de un nuevo hábito. Permitir que se revierta al mal hábito anterior es botar todo lo que se ha ganado. Formar un buen hábito se logra en unas pocas semanas; pero protegerlo es un trabajo incesante, aunque para nada afanoso. Una palabra más: la acción rápida de parte del niño debiera lograr la recompensa de total tiempo libre, un tiempo para hacer exactamente lo que quiera, que no se otorgue como un favor, sino que se vaya acumulando (sin palabras) como un derecho adquirido.

El hábito es un deleite en sí mismo. Excepto por este inconveniente, la formación de hábitos en los niños no es una tarea laboriosa, ya que la recompensa va de la mano con el esfuerzo. Debido a que un hábito es deleite en sí mismo; la pobre naturaleza humana está consciente de lo fácil que es repetir cualquier cosa sin esfuerzo; y, por lo tanto, formar un hábito, disminuir gradualmente la sensación de esfuerzo en un acto dado, es placentera. Esta es una de las rocas que, a veces, divide a las madres: pierden de vista el hecho de que un hábito, *incluso* un buen hábito, se convierte en un verdadero placer; y cuando el niño realmente ha formado el hábito de hacer cierta cosa, su madre imagina que el esfuerzo es tan grande para él como al principio, que la virtud en él es lo que lo hace continuar este esfuerzo y que, por cierto, se merece de recompensas, y un poco de relajación—entonces lo dejará interrumpir el nuevo hábito unas cuantas veces y luego continuará de nuevo. Pero ya no continuará como lo hacía; continuará de nuevo, pero enfrentando obstáculos. La «pequeña relajación» que ella permitió a su hijo significó la formación de otro hábito contrario, que debe superarse antes de que el niño regrese a donde estaba antes.

De hecho, lo único que esta compasión mal encaminada por parte de las madres es lo que hace difícil entrenar a un niño en buenos hábitos; ya que está en la naturaleza del niño adoptar hábitos tan amablemente, como el bebé toma la leche de su madre.

Tacto, vigilancia y persistencia. Por poner como ejemplo un hábito sin mayor importancia excepto en cuanto a la consideración hacia los demás: la madre desea que su hijo adquiera el hábito de cerrar la puerta cuando él entra o sale de la casa o de una habitación. Tacto, vigilancia y persistencia son las cualidades que debe cultivar en sí misma; y, con estos, se sorprenderá de la disposición con la que el niño adquiere el nuevo hábito.

Etapas en la formación de un hábito. «Juanito»—dice ella con voz alegre y amable, «quiero que recuerdes algo con todas tus fuerzas: nunca entres o salgas de una habitación en la que alguien se encuentra sin cerrar la puerta».

«¿Pero, y si lo olvido, madre?»

«Yo intentaré recordártelo».

«Pero tal vez yo tenga mucha prisa».

«Siempre debes hacer el tiempo para hacerlo».

«¿Pero, por qué, madre?»

«Porque no es cortés incomodar las personas que se encuentran en la habitación».

«¿Pero si vuelvo a salir inmediatamente?»

«Aun así, cierra la puerta cuando entres; puedes abrirla nuevamente al salir. ¿Crees que puedes recordarlo?»

«Lo intentaré, madre».

«Muy bien; yo observaré cuántos pocos "olvidos" tienes».

Juanito recuerda dos o tres veces; y luego, sale de la habitación como un tiro de escopeta y está a mitad de camino de bajar la escalera cuando su madre alcanza a llamarlo. Ella no grita: «¡Juanito, vuelve y cierra la puerta!», porque sabe que una llamada de ese tipo es exasperante para grandes o pequeños. Ella va hacia la puerta y llama amablemente: «¡Juanito!» Juanito se ha olvidado por completo de la puerta; se pregunta qué quiere su madre y, vuelve curioso, para encontrarla sentada y ocupada como antes. Ella levanta la vista, mira hacia la puerta y dice: «Dije que trataría de recordártelo». «Oh, se me olvidó», dice Juanito, su honor malherido; y cierra la puerta esa vez, y la siguiente, y la siguiente.

Pero en realidad el niño no tiene mucha facultad para recordar, y la madre tendrá que adoptar varios pequeños dispositivos para recordarle; pero de dos cosas ella tendrá cuidado—que él nunca se escape sin cerrar la puerta, y que ella nunca permita que el asunto sea una causa de fricción entre ella y el niño, tomando la posición de su aliado amigable para ayudarlo contra ese mal recuerdo. Muy pronto, después de quizás veinte cierres de la puerta sin omisión alguna, el hábito comienza a formarse; Juanito cierra la puerta como si nada, y su madre lo mira con alegría entrar en una habitación, cerrar la puerta, sacar algo de la mesa y salir, cerrando la puerta nuevamente.

Un escenario peligroso. Ahora que Juanito siempre cierra la puerta, la alegría y el triunfo de su madre comienzan a mezclarse con una lástima irrazonable. «Pobre niño», se dice a sí misma, «es muy bueno de su parte tomarse tantas molestias por algo tan sencillo, ¡solo porque se le pide!» Ella piensa que, todo el tiempo, el niño está haciendo un esfuerzo por ella; perdiendo de vista el hecho de que el *hábito* se ha vuelto fácil y natural, que, de hecho, Juanito cierra la puerta sin saber que lo hace. Ahora llega el momento crítico. Un día cualquiera, Juanito está tan entusiasmado con un nuevo deleite, que el hábito que aún no está completamente formado, lo olvida, y está a medio camino por las escaleras antes de pensar en la puerta. Piensa en ella, con un pequeño toque de la conciencia, lo suficientemente fuerte como para no enviarlo de regreso, pero para hacer que se detenga un momento para ver si su madre lo llamará de regreso. Ella se ha dado cuenta de la omisión y se dice a sí misma: «Pobrecito, se ha portado tan bien con este hábito durante tanto tiempo; lo dejaré pasar una vez». Él, afuera, no escucha la llamada de su madre, y se dice a sí mismo (¡qué fatal veredicto!): «Bueno, no importa», ¡y se va!

La próxima vez deja la puerta abierta, pero no es un «olvido». Su madre lo llama débilmente. Su oído rápido capta la debilidad en su tono y, sin volver, implora: «Oh, madre, tengo *tanta* prisa», y ella no dice nada más, y lo deja ir. Nuevamente entra él apurado, dejando la puerta abierta. «¡Juanito!» dice la madre, advirtiéndole. «Voy a salir de nuevo en un minuto, madre», y después de diez minutos hurgando, él sale y se olvida de cerrar la puerta. La relajación en mal momento de la madre la ha hecho perder todo el terreno ganado.

VIII. HÁBITOS DE LA PRIMERA INFANCIA

El niño recibe pasivamente todas sus tendencias y hábitos, mitad físicos y mitad morales, de los que dependen el disfrute y la comodidad de la vida cotidiana; es decir, él hace muy poco para formar estos hábitos por sí mismo, pero su cerebro recibe impresiones de lo que él ve sobre sí mismo; y estas impresiones toman la forma de sus propios hábitos más fuertes y duraderos.

Algunas ramas de la educación infantil. La limpieza, el orden, la pulcritud, la regularidad y la puntualidad son todas «ramas» de la educación *de la primera infancia*; para el niño, debieran ser como el aire que respira, y adquirirlas inconscientemente. No hay que decir nada sobre la necesidad de que una limpieza delicada en las habitaciones donde están los pequeñitos; los bebés reciben sus baños, y limpiezas ilimitadas en su nombre; pero, de hecho, a pesar de que las madres de la clase culta sean tan escrupulosas como fueren, mucho depende de las personas que cuidan los niños, y una supervisión cuidadosa es necesaria para garantizar que no ningún tipo de olor en el bebé o en cualquier cosa que le pertenezca, y que las guarderías se mantengan frescas y completamente ventiladas. Una de las grandes dificultades radica en que todavía hay algunas personas cuidadoras que pertenecen a una clase en la que una ventana abierta es una abominación; y otra gran dificultad es que no conocen el significado de los olores: no pueden ver “un olor” y, por tanto, no es fácil persuadirlas de que el olor es *materia*, partículas microscópicas que el niño ingiere con cada inhalación de su respiración.

Un olfato sensible. Por cierto, una parte muy importante de la educación física para un niño es entrenar en él un olfato sensible, en otras palabras, fosas nasales que huelan la menor “congestión” en una habitación, o el olor más leve de la ropa o los muebles. Parece que el sentido del olfato nos ha sido dado no solo como una vía de placer, sino como una especie de señal de peligro para advertirnos de la presencia de asuntos nocivos. Sin embargo, muchas personas parecen atravesar el mundo sin una nariz en absoluto; y los hechos tienden a mostrar que un olfato rápido es cuestión de educación y hábito. El hábito se forma fácilmente: aliente a los niños a notar si la habitación en la que entran “huele” bastante fresca cuando retornan del aire libre, a observar la diferencia entre el aire de la ciudad y el aire más fresco fuera de ella; y entrenarlos para percibir el más mínimo rastro de olores agradables o inofensivos.

Los infantes son ubicuos. Volvamos a los niños de corta edad. Sería muy importante que a las personas cuidadoras se les comunicara que el bebé es ubicuo [que la RAE define como: alguien que todo lo quiere presenciar y vive en continuo movimiento], y que no solo ve y sabe todo, sino que también guardará por toda la vida, todo lo que ha visto [a continuación, un extracto del poema *On The Late Captain Grose's Peregrinations Thro' Scotland* del poeta Robert Burns]:

«Si un agujero hay en tu abrigo,
Párchalo, te lo ruego;
Hay un pequeño observando con atención,
Y así lo aprenderá, con seguridad»:

«lo aprenderá» en su propio cerebro activo, como un modelo para sus hábitos futuros. Que la persona cuidadora posea esta noción podría lograr algo a favor de garantizar la limpieza que sobrepasa aquella de delantales limpios. Uno o dos pequeños detalles sobre la limpieza que las personas cuidadoras realizan, no recomendamos en cuanto a la limpieza: uno es hacer las camas infantiles a primera hora de la mañana, y el otro es doblar las prendas de los niños cuando se las quitan por la noche. Es bueno poner un cordel en la noche en donde duermen los niños, y allí

colgar las pequeñas prendas para que se ventilen y salga la transpiración imperceptible que han recibido durante el día. Por la misma razón, las camas y las sábanas deberían airearse durante un par de horas antes de que se hagan.

La limpieza personal como un hábito temprano. La mesa donde se alimentan los niños, si la hubiera, debe mantenerse tan escrupulosamente *agradable* como la del comedor. El niño que se sienta sobre un mantel arrugado o manchado, o usa una cuchara de metal descolorida, está siendo degradado por tal hecho. A los niños también se les debe alentar a mantener un buen aseo personal de sí mismos. Todos hemos visto la delicada manito que extiende el bebé para que se la laven; tiene una mancha y al niño no le gusta. ¡Que sean así de meticulosos cuando sean lo suficientemente grandes como para lavarse por sí mismos! No se trata de que estén siempre limpios y presentables; a los niños les encanta «ensuciarse» y deberían tener grandes delantales para ese propósito. Todos son como ese pequeño príncipe francés que despreciaba sus regalos de cumpleaños y suplicaba que se le permitiera hacer pequeños pasteles de barro con el niño pobre. Déjelos que hagan sus tartas de barro con toda libertad; pero una vez que hayan terminado, deberían estar impacientes por eliminar todo rastro de tierra, y deberían hacerlo *ellos mismos*. A los niños pequeños se les puede enseñar a limpiarse las uñas, y a limpiarse los ojos [¿de lagañas?], y las orejas. En cuanto a sentarse a la mesa con las manos sin lavar y el pelo sin cepillar, eso, por supuesto, no se le permite a ningún niño decente. A los niños se les debiera dar tempranamente sus propios materiales de lavado, y acostumbrarse a encontrar un verdadero placer en el baño y en el cuidado de sí mismos. No hay razón por la que un niño de cinco o seis años no se lave completamente a sí mismo sin someterlo a la tortura del jabón en los ojos, y las maniobras de parte de los adultos que los niños odian, y con justificada razón. Además, el niño no adquiere el *hábito* del baño diario sino hasta que pueda tomarlo por sí mismo, y es importante que este hábito se forme antes de que comience la era temeraria de la vida escolar.

Modestia y pureza. Las acciones relativas al baño le brindan a la madre oportunidades para entregar la enseñanza y la capacitación necesarias en hábitos de decencia y un sentido de la modestia. Dejar que su hijo pequeño viva y crezca en una simplicidad como la del Edén es, quizás, el curso más tentador y natural para la madre. ¡Pero, ay! no vivimos en el huerto, y es bueno que el niño sea entrenado desde el principio en las condiciones en que debe vivir. Tanto para el niño más pequeño como para nuestros primeros padres, existe aquello que está prohibido. En la temporada de la obediencia incuestionable, hágale saber que Dios Todopoderoso no le permite hablar, pensar, exhibir, y manejar su cuerpo excepto cuando se trate de la limpieza. Esto será más fácil para la madre si habla del corazón, los pulmones, etc., que, también no se nos permite mirar ni manipular, pero que están tan encerrados en paredes de carne y hueso que no podemos alcanzarlos. Lo que queda disponible a nosotros está allí, tal como el árbol en el Jardín del Edén, para probar nuestra obediencia; y en ambos casos, la desobediencia genera una pérdida y ruina seguras.

El hábito de la obediencia y el sentido del honor. El sentido de la prohibición, del pecado en la desobediencia, será una maravillosa protección contra el conocimiento del mal para el niño criado en hábitos de obediencia; y aún más efectivo será el sentido del honor y del deber—el mismo motivo de los mandamientos apostólicos sobre este tema. Deje que la madre renueve este cargo con seriedad en la víspera, por ejemplo, de cada cumpleaños, permitiendo al niño que sienta que al obedecer en este asunto puede glorificar a Dios con *su cuerpo*; enseñándole a vigilar cada acercamiento del mal; rezar diariamente para que cada uno de sus hijos se mantengan en pureza ese día. Ignorar las *posibilidades* del mal en esta área, es exponer al niño a riesgos terribles.

Al mismo tiempo, recuerde que las palabras destinadas a obstaculizar pueden ser la causa del mal, y que una vida llena de intereses y actividades saludables es una de las medidas preventivas más seguras del vicio secreto.

El orden es esencial. Lo que se ha dicho sobre la limpieza se aplica también al orden tanto orden en las habitaciones de los niños pequeños como en los hábitos de orden de quienes los cuidan. Una cosa es de importancia en este sentido: que la habitación de los niños no debiera convertirse en la bodega de muebles en desuso o desgastados de la casa; o tazas resquebrajadas, platos descascarados, jarras y las teteras con boquillas rotas no deben estar allí. A los niños se les debe criar para que piensen que una vez que un artículo se vuelve antiestético por el uso o una rotura, ya no se puede usar, y se debe conseguir otro; esta regla resultará bien económica porque cuando los niños y los criados descubren que las cosas ya no «sirven», después de causar daño por un descuido, aprenden a tener cuidado. Pero, en todo caso, es un verdadero detrimento para los niños crecer usando cosas imperfectas y antiestéticas por falta de algo mejor.

El placer que las personas adultas sienten al hacer todo por los niños es realmente una fuente fructífera de mal comportamiento; por ejemplo, en cuanto a esto del hábito del orden. ¿Quién no ha visto el desorden que los niños dejan para otros limpien una docena de veces al día, en sus habitaciones, el jardín, el salón, a donde sea que los llevan sus inquietos y pequeños piecitos? Somos un poco sentimentales con respecto a juguetes dispersos y ramilletes desteñidos de flores, y todas las señas de la presencia de los niños; pero el hecho es que no se debe permitir que el caótico hábito de dejar desórdenes se implante en los niños. Todos reprueban a la madre de familia por el caos en los cajones de su ropa, o por sus posesiones arrojadas sin cuidado; pero al menos parte de la culpa debería colocarse en su propia madre, porque no se trata de que la mujer haya adquirido accidentalmente un hábito miserable que destruye la comodidad y la felicidad de su hogar; sino que se le permitió crecer en el hábito del desorden cuando era niña, y parte de su culpa es que no ha logrado curarse.

El niño de dos años debe guardar sus juguetes. Al niño de dos años se le debe enseñar a sacar y devolver sus juguetes a su lugar. Comience a corta edad. Que sea un placer para él, que sea parte de un juego, abrir su armario y volver a colocar la muñeca o el caballo en su lugar. Que *siempre* guarde sus cosas como una parte normal de su día, y será sorprendente lo pronto que se forma un hábito de orden, entonces guardar sus juguetes será algo agradable, y le irritará ver las cosas en un lugar que no corresponde. Si los padres pudieran ver la moralidad que radica en el orden, que ese orden en las habitaciones de los niños se convierte en escrupulosidad en la vida posterior, y que la instrucción necesaria para formar el hábito no es mayor que, en comparación, la cuerda ocasional de un reloj, que marca el tiempo por sí mismo y sin obligarse a sí mismo, entonces mayores esfuerzos se harían para cultivar este importante hábito.

La pulcritud es similar al orden. La pulcritud es similar al orden, pero no es exactamente lo mismo: implica no solo “un lugar para todo y todo en su lugar”, sino todo en un lugar adecuado, con el fin de producir un buen efecto; de hecho, *el gusto* entra en juego. La niña no solo debe poner sus flores en agua, sino también colocarlas con delicadeza, y no se le debe ofender pasándole alguna fea taza o jarra de la cocina, o un horrible jarrón rosa, sino que debiera acceder a un vaso o jarrón elegante y armonioso en el tono, aunque sea un poco barato. Del mismo modo, todo en las habitaciones de los niños debiera ser «pulcro», es decir, agradable y adecuado; y se debe alentar a que los niños guarden pulcra y efectivamente lo que posean. No debe admitirse nada vulgar en cuanto a impresión, libro ilustrado o juguete— nada que vicie el gusto de un niño o

aliente el gusto por lo común en su naturaleza. Por otro lado, sería difícil estimar la influencia refinadora y elevadora de una o dos obras de arte bien elegidas, por muy barata que sea su reproducción.

Regularidad. La importancia de la *regularidad* en la educación infantil está comenzando a reconocerse en general. La joven madre sabe que debe acostar a su bebé en el momento adecuado, independientemente de sus llantos, incluso si lo deja llorar dos o tres veces, para que, por el resto de la vida de su bebé, él pueda dormirse solo dulcemente en la oscuridad sin protestar. Mucho se dice que no tiene sentido sobre la razón de los llantos del niño: se supone que quiere a su madre, su niñera, su biberón, la luz, y que es «un niño que sabe», según su niñera, ya que, de hecho, si llora por tales cosas, las consigue. [Aquí la Srta. Mason refleja las prácticas de cuidado del bebé de la época victoriana, que ya no recomiendan los expertos en cuidado infantil.]

Hábitos de tiempo y lugar. El hecho es que el niño ya ha formado un hábito de vigilia o de alimentación en momentos inadecuados, y está tan incómodo con sus hábitos como el gato está en una casa diferente; pero cuando se somete felizmente a la nueva regulación, es porque se ha formado el nuevo hábito y es, a su vez, la fuente de su satisfacción. Según el Dr. Carpenter, «*La regularidad* debería iniciarse incluso con la vida del bebé, en cuanto a los tiempos de alimentación, descanso, etc. El hábito *corporal* así formado ayuda enormemente a moldear el hábito *mental* en un período posterior. Por otro lado, nada tiende a generar más un hábito de autocomplacencia que alimentar a un niño, o permitirle que permanezca fuera de la cama, en momentos que no son los adecuados, simplemente porque llora. Es maravilloso lo pronto que las acciones de un bebé pequeño (como las de un perro o caballo joven) entran en armonía con el “entrenamiento” sistemático ejercido juiciosamente». El hábito de la regularidad es tan atractivo para los niños mayores como para el bebé. Los días en que la planificación habitual no se lleva a cabo, sabemos que son los días en que los niños tienden a tener un mal comportamiento.

IX. EL EJERCICIO FÍSICO

Importancia del ejercicio cotidiano. Ya abordamos en abundancia el tema del entrenamiento natural del ojo y de los músculos en la sección anterior «la vida al aire libre», a lo cual solo agregaré una cosa: que el placer del niño en el movimiento ligero y fácil—como el deleite del buen jinete en el manejo de su propio cuerpo cuando monta su caballo—, ya sea bailando, haciendo ejercicios de repetición, o gimnasia, algún tipo de ejercicio físico juicioso, debiera ser parte de la rutina diaria de todo niño. La *gimnasia sueca* [Swedish Drill, en inglés] es de especial valor, y muchos de los ejercicios son adecuados para los niños más pequeños. Ciertas cualidades morales entran en juego en los movimientos alertas, la atención del ojo, las respuestas rápidas e inteligentes; pero a menudo sucede que los niños bien comportados fallan en estos puntos por falta de entrenamiento físico.

Ejercicios en buenos modales. Que los niños repitan los buenos modales: que ensayen pequeñas obras jugando: María es la dama que pregunta cuál es el camino al mercado; Harry es el chico que la dirige, y así sucesivamente. Que hagan un ejercicio de postura: los ojos al frente, las manos quietas, la cabeza alta. Que inventen un centenar de situaciones con su comportamiento propio, atesorando sugerencias que se les dé para que se guíen; pero este tipo

de ejercicio debe intentarse cuando los niños son pequeños, antes de que la tiranía de *la vergüenza ajena* se establezca. Aliéntelos a admirar y enorgullecerse en los movimientos ágiles y ligeros, y que eviten el paso burdo y el movimiento hacia el exterior de las extremidades al caminar.

Entrenamiento del oído y la voz. El entrenamiento del oído y la voz es una parte extremadamente importante de la cultura física. Que los niños se ejerciten en los sonidos puros de las vocales, en la enunciación de las consonantes finales; no les permitan que omiten partes de las palabras o las deformen [ejemplos pertinentes en español podrían ser: *veniste* en vez de *viniste*, *haiga* en vez de *haya*, *dentrar* en vez de *entrar*, *fuistes* en vez de *fuiste*, *pescao* en vez de *pescado*, *andó* en vez de *anduvo*, decir: *cómo estai*, *lah palabrah*, etc]. Hágalos pronunciar palabras difíciles como: *imperturbabilidad*, *anticlericalismo*, *impermeabilidad*, con gran precisión después de escucharlas una sola vez. El francés [o cualquier otro idioma extranjero], al ser enseñado oralmente, es de inmenso valor ya que entrena tanto el oído como la voz.

El hábito de la música. En cuanto al entrenamiento musical, es difícil decir cuánto de lo que se denomina gusto y habilidad musicales heredadas son el resultado de escuchar y producir sonidos musicales constantemente, el *hábito* de la música, que ocurre en las familias musicales y con lo cual crece el niño. El Sr. Hullah sostuvo que el arte de cantar es un hábito formado—el cual se puede, y se debe dar a todos los niños. Por supuesto, el hábito *transmitido* debe tenerse en cuenta. Es una pena que la instrucción musical que recibe la mayoría de los niños sea aleatoria; que no se les capacite, por ejemplo, a través de ejercicios cuidadosamente graduados de oído y voz, con el fin de producir y distinguir los tonos y los intervalos musicales.

Dejemos a los niños tranquilos. En conclusión, permítanme decir que la educación de los hábitos es exitosa en la medida que le permite a la madre dejar a sus *hijos tranquilos*, sin irritarlos con órdenes y direcciones perpetuas, un barrido continuo de «*haz esto*» y «*no hagas eso*»; sino dejándolos tomar su propio camino y crecer, habiéndose asegurado primero que tomarán el camino correcto y crecerán con un propósito fructífero. El jardinero, es cierto, «*cava y poda*», atiende su árbol de duraznos y le pone un tutor, pero eso solo ocupa una pequeña fracción de la existencia del árbol porque el resto del tiempo, el jardinero deja que el aire fresco, el sol y la lluvia hagan su trabajo. El resultado son jugosos duraznos. Pero ay del jardinero que no haga *su* parte, porque sus duraznos no serán mejores que un fruto amargo e inapetecible.